

LOS VALORES PERMANENTES DE LA CULTURA

por

GUSTAVE THIBON

¿Qué es la cultura? El diccionario filosófico de Lalande la define como “el carácter de una persona instruida y que ha desarrollado por esa instrucción su gusto, su sentido crítico y su juicio”. Roustan añade que “el saber es la condición necesaria a la cultura, pero que no es para ella la condición suficiente y que es sobre todo en la calidad del espíritu en lo que se piensa cuando se pronuncia la palabra cultura; dicho de otro modo, en la calidad del juicio y del sentimiento de un hombre que la instrucción ha perfeccionado”.

Si es así, nuestra idea de la cultura dependerá de la idea que nos hagamos del hombre, porque es imposible hablar del perfeccionamiento de un ser sin definir la naturaleza de ese ser. Ahí está todo el problema. ¿Tienen los hombres una naturaleza común? ¿Participan de una esencia idéntica que se diversifica con cada individuo? Para nosotros, que creemos en un origen y en un fin eternos del hombre, la cuestión no ofrece dificultad. La permanencia de los valores de la cultura se funda en las constantes de la naturaleza humana, creada a la imagen de un Dios infinito y eterno.

Esas constantes se refieren en primer lugar al Ser, y después a esos atributos del Ser que llamamos los trascendentales y que son lo verdadero, lo bello y el bien. Estos valores, inmovibles e irrecusables en su fuente, y de los cuales la cultura no presenta más que uno de los múltiples aspectos, no los poseemos aquí abajo más que de una manera imperfecta y fragmentaria —lo cual facilita un argumento a los relativistas y a los escépticos

para discutir sus fundamentos—. Lo que nos parece lo verdadero, lo bello y el bien en tal tiempo o en tal lugar, nos parecerá falso, feo o malo en tal otro tiempo o tal otro lugar. Nuestra visión de los trascendentales es como una cota mal tallada, reflejo de una medida ideal de la cual llevamos en nosotros una huella confusa, pero indeleble. Si no, ¿cómo podríamos juzgar de sus deformaciones? Cuando un Pascal nos dice, por ejemplo: “Verdad hacia aquí de los Pirineos, error al otro lado”, o “divertida justicia la que puede ser limitada por un río”, es que presiente una verdad y una justicia superiores para las cuales, siguiendo la expresión de Luis XIV, “no hay Pirineos”. Podemos pulverizar y prostituir al infinito esos valores supremos por debilidad de espíritu, conformismo o fanatismo, pero no podemos anonadarlos, porque lo mismo que el diamante no se talla más que por sí mismo, es una vez más a ellos a quienes tenemos que referirnos para discutirlos o recusarlos.

Es en nombre de la verdad como se decreta que no hay verdad. Me acuerdo de una obra de Thierry Maulnier en la cual un filósofo proclama que nuestra época ha llegado a la certidumbre de que la palabra verdad ya no significa nada. A lo cual una chica joven responde con entusiasmo: “¡Cuánta verdad es eso!”.

Lo mismo vale para el bien y para lo bello. Se condena tal o cual aspecto de la moral o del arte, pero siempre es en virtud de una concepción de la belleza y del bien que se estima superior.

Así, quiérase o no, los trascendentales se quedan en el centro de toda cultura y constituyen el instrumento hasta de su propia negación. En otros términos, toda discusión de su existencia descansa en una intuición de su esencia.

* * *

El viento está hoy a favor de la impermanencia, y esas constantes del espíritu humano son consideradas como reliquias “superadas” de una época trastrocada.

Este fenómeno se produce bajo la influencia de un doble materialismo: el materialismo de hecho (es decir, más bien practicado que afirmado) que emana de la sociedad llamada de consumo, y el materialismo de derecho, explícitamente proclamado que se sigue de la ideología revolucionaria.

Uno y otro tienen de común el dogma del "rebasamiento". A partir del momento en que afirmáis un valor permanente, sois tratado de fósil, de espíritu paleolítico, inadaptado, etc. ¿Inadaptado, a qué? A lo que se hace, a lo que se dice, a lo que se lleva: el último grito de la moda o al "momento" presente de la dialéctica marxista (1). La actualidad crea el valor. Si, por ejemplo, la moda está en la literatura de excremento, taparse la nariz es un signo de inadaptación.

En lo que concierne a la sociedad de consumo (tomo este término en el sentido peyorativo que le han dado los acontecimientos de mayo, es decir, en el de la idolatría del consumo), su razón de ser consiste en producir un número siempre creciente de bienes que se destruyen al usarlos. Por tanto, postula el cambio, la impermanencia, porque el motor de la economía gira tanto mejor cuanto más rápido son la eliminación y la sustitución. De lo cual se sigue el correr tras lo superfluo y el deber de derrochar, con el coronamiento de la dictadura de la moda, que es el alimento energético de la expansión. En efecto, para que el consumo se desarrolle indefinidamente es necesario que el producto de ayer aparezca como inferior y superado y ceda su sitio al producto de hoy. La palabra "novedad", que en sí es un

(1) Un día fui tratado de "hombre de la Edad Media", y esa palabra, en la boca de su interlocutor, tenía el sentido de una refutación sin apelación. Respondí: "¿Qué Edad Media? ¿La de las hambres, la de la peste negra, de la inquisición o la de las catedrales, de la filosofía de Santo Tomás, de la poesía de Dante, de la caballería, de las corporaciones, de las comunas?" No hubo explicaciones. La Edad Media representaba para mí contradictor la imagen global del no-valor, del deshecho: el anacronismo era el único criterio del error y del mal. En esta perspectiva la historia aparece como una tienda de flores o una frutería: todo lo que no se vende por la mañana se echa a la basura por la tarde...

término neutro, adquiere así un *import* positivo, y unas publicaciones adecuadas se encargan de reanimar sin cesar su resplandor.

Este engolosinamiento por la novedad se justifica únicamente en una sola esfera: la de las ciencias y de las técnicas. Ahí hay, efectivamente, un progreso en el sentido del paso del menos al más: nuestros conocimientos son más vastos que los que antaño y nuestras máquinas más perfeccionadas. Las matemáticas han recorrido un largo camino desde Pitágoras, la física desde Aristóteles y los aviones supersónicos dejan muy atrás a los carros merovingios. Ahí, ser último en fecha se identifica con lo mejor.

La gran ilusión de nuestra época es que el hombre, embriagado por sus progresos científicos, cede a la tentación de aplicar los mismos criterios a los valores del alma y del espíritu que constituyen el fondo permanente de la cultura. Entonces éstos se clasifican en la categoría de bienes de consumo, y, por una extrapolación ilegítima, son afectados por la misma movilidad, quiero decir, sometidos igualmente a la moda con todo lo que ella conlleva de explotación del presente y de depreciación del pasado. De todo el pasado, incluyendo en él esas obras y esas enseñanzas incorruptibles que aparecieron en el pasado, pero cuya sustancia no es medida por el tiempo. Se quiere ver, por ejemplo, la misma relación entre Aristóteles y Marx o Marcuse que entre la lámpara de petróleo y la iluminación eléctrica. Tanto más cuanto que la boga de un pensador o de un artista depende de mecanismos análogos a las que aseguran el lanzamiento de una nueva marca de jabón o de una máquina de afeitar eléctrica...

Por otra parte, esta boga se deshace tan pronto como se origina: el lanzamiento y la recaída se suceden en breve intervalo. Alguien ha hablado "del espantoso consumo de ideales" que hace nuestro siglo. Conozco gentes "cultivadas" que han sido sucesivamente teilhardianos, estructuralistas y marcusianos lo mismo que las elegantes antaño llevaban tacones aguja y adoptan hoy la mini-falda. En un clima así la palabra cultura se vacía

de toda referencia al ser y a lo verdadero: los productos del pensamiento o del arte juegan en ello el papel de alimentos de conservación (sería más exacta la imagen del líquido de enjuagarse la boca...) y de juego de sociedad. Se obsesionan con el último autor de moda y se discute de él hasta el infinito como se compra en la última chuchería. Basta asistir a cualquier recepción mundana para ver hasta qué idolatría llega ese achatamiento de la cultura...

En cuanto a la ideología revolucionaria, erige esa impermanencia en metafísica, si no en teología. No reconoce más que un invariable: el del cambio —lo que, por otra parte, implica una contradicción interna, ya que, si todo cambia, la idea que se forjan del cambio debe también cambiar—. Para la dialéctica marxista, las nociones de verdadero, bello y de bien no tienen más que un valor de situación: son los reflejos de una época ligados, en virtud de la ley de identidad de los contrarios a la protesta contra esa época (en este sentido es como interpretan, por ejemplo, a Platón, a un Pascal, a un Corneille, etc.)—, Dicho de otra manera, son las armas (defensivas en las clases dirigentes y ofensivas en las clases oprimidas) que traducen y prolongan, en la zona de las superestructuras, la tensión y los conflictos que son los motores de la revolución económica. De lo cual viene el callejón sin salida de todo diálogo entre los cristianos y los marxistas: las mismas nociones (verdad, justicia, etc.), que para los primeros están situadas en el mundo de los valores ideales y universales, no representan para los segundos más que unos instrumentos para el combate revolucionario: endurecimiento o apertura, puño cerrado o mano tendida, no son más que actitudes estratégicas.

* * *

Esos dos materialismos tienen un común denominador: la fe en un progreso global e indefinido de la humanidad concebido a imagen del progreso científico y técnico. La mística del consumo ve ese progreso en la línea del acrecentamiento ilimi-

tado de los bienes materiales; la mística revolucionaria añade a ese ideal el de una más justa distribución de esos bienes por la transformación de las estructuras económicas y políticas, pero, en ambos casos, la marcha hacia la perfección permanece vinculada a la impermanencia, a lo indefinido, y la calidad no se concibe más que como un derivado, un subproducto de la cantidad.

Tanto si se trata del snobismo de la novedad, como en nuestros países occidentales, como si es, como en los países del Este, un plan concertado de "revolución cultural", siempre es un mismo fenómeno de eliminación de valores tradicionales. Y todo esto se desprende, en último análisis, del rechazo de Dios y de la adoración del hombre por sí mismo. La divinización del hombre exige una filosofía del devenir absoluto (porque como el hombre, hasta ahora, no deslumbra con sus perfecciones divinas, es necesario darle tiempo de adquirirlas, y el futuro será el obrero de la apoteosis...) —y de un devenir concebido en la línea y a imagen del progreso material—, el único que es susceptible de desarrollos ilimitados e imprevisibles.

Este pecado de falta de medida (el *ubris*, de los griegos) implica necesariamente el rechazo de esas invariables de la cultura que son los trascendentales. Ya que si éstos nos ponen en comunicación con el infinito divino del cual emanan, dan al mismo tiempo testimonio de los límites del hombre y su dependencia respecto de un orden que lo contiene y sobrepasa. Todo invariable aparece entonces bajo el signo de la alienación (¿qué hay más alienante, en esta perspectiva, que sentirse ligado a una naturaleza y a unas leyes?): lo verdadero, lo bello y el bien ya no *son*, sino que *se hacen*. Digamos, con palabras de Aristóteles, que se rechaza la *forma* (puesto que no hay forma sin límites: se es esto o lo otro, pero no se es cualquier cosa) y que se identifica la esencia del hombre con esa primera materia indeterminada (el *apeiron*) a la cual se atribuye la facultad, no de recibir como en la filosofía de Aristóteles, sino de crear todas las formas. Lo superior se explica por lo inferior y así desembocamos a la divinización de la historia, con un enlace al antiguo mito de que si

Cronos devora sucesivamente a todos sus hijos, es para crear indefinidamente otros más hermosos.

Ya he dicho que el mito del progreso se alimentaba de la confusión entre el conocimiento del mundo sensible, que se modifica y se perfecciona sin parar, y nuestra intuición de los valores invariables que rigen el mundo invisible. En una página demasiado poco conocida (cuyo peso es tanto mayor cuanto que su autor era un apóstol delirante del progreso), Victor Hugo liquida la cuestión por este admirable paralelo entre el arte y la ciencia:

“La belleza del arte consiste en que no es susceptible de perfeccionamiento. Una obra maestra existe de una vez para siempre. El primer poeta que logra, logra en la cumbre. Subiréis tras el tan alto, pero no más alto. La obra maestra de hoy será la obra maestra de mañana. ¿Cambia algo Shakespeare en Sófocles? ¿Cornelia sobrepasa a Antígona? El arte no es susceptible de progreso interior. De Fidias a Rembrandt hay marcha, pero no progreso. Los frescos de la Capilla Sixtina no cambian nada a las metopas del Partenón. Las obras maestras tienen un nivel, el mismo para todos, el absoluto. Esa cantidad de infinito que está en el arte es exterior del progreso..., no depende de ningún perfeccionamiento futuro...”

“... La poesía no puede decrecer. ¿Por qué? Porque no puede crecer. El genio está siempre en su plenitud: todas las lluvias del cielo no añaden ni una gota al océano... Como el mar, la poesía dice cada día todo lo que tiene que decir, y después vuelve a empezar con esa variedad inagotable que no pertenece más que a la unidad...”

“La ciencia es distinta. Lo relativo que la gobierna se imprime en ella, y esta serie de huellas sucesivas constituye la certidumbre móvil del hombre. En ciencia, las cosas han sido obras maestras y ya no lo son. La máquina de Marly ha sido una obra maestra...”

“... La ciencia busca el movimiento perpetuo: lo ha encontrado en sí misma... Todo se remueve en ella, todo cambia, todo muda. Lo que ayer se aceptaba se vuelve a mandar a la muela hoy...”

La ciencia se va roturando a sí misma sin cesar... Es la asíntota de la verdad; se acerca sin cesar y no toca jamás...”

“Hipócrates está superado; Arquímedes, Paracelso, Vesalio, Copérnico, Lavoisier, están superados. El sabio Pascal está superado, el escritor Pascal no lo está...”

La confrontación es impresionante. En realidad, ¿qué representa la pobre pequeña máquina de calcular de Pascal, última palabra de la técnica en el siglo XVII, delante de los ordenadores de hoy día? Mientras tanto, los pensamientos de Pascal sobre “la miseria del hombre sin Dios” no han perdido nada de su profundidad ni de su esplendor. Y lo que Víctor Hugo dice del arte se aplica igualmente a los valores que conciernen la verdad y el bien. No se sobrepasa a un Platón en genio ni a un San Pablo en santidad.

* * *

Toda cultura fundada sobre esos valores permanentes implica el respeto a ciertas reglas.

Para lo verdadero, la sumisión de la inteligencia a los principios de contradicción y de identidad, a la lógica y a la estructura de lo real.

Para el bien, la conformidad con las leyes morales.

Para lo bello, el reconocimiento de las leyes del ritmo y de la armonía.

Se rechazan estas reglas como trabas a la omnipotencia creadora del hombre.

Mas, ¿qué se produce entonces? La venganza, el rebote de los trascendentales. Todo lo que se reprocha a los valores permanentes —de encarcelar al hombre, de mutilar su destino, de cortar el paso hacia el futuro, etc.—se vuelve a encontrar, en forma degradada e infinitamente más opresiva, en los nuevos valores con que se sustituyen los principios eternos. La disipación del hombre sigue a su divinización como el incendio se resuelve en cenizas. El hombre ha querido evadirse de su puesto metafísico en el que veía una cárcel, y no ha encontrado más que el exilio

y la cárcel en el exilio. Exiliado de su naturaleza y prisionero de su locura...

¿Qué ha hecho de la categoría verdad? Al pretendido dogmatismo de la filosofía del ser lo ha sustituido por el dogmatismo de las filosofías del absurdo y del devenir. Todos esos sistemas, que se refutan por sí solos, no admiten la discusión. La negación de la ley crea a su vez una ley; la idea de que todo pasa, no pasa: se impone con la firmeza de una roca. ¿Existe, por ejemplo, una escolástica más árida y más estrecha que la interpretación marxista del universo y de la historia? ¿Un ejercicio tan esterilizante de la lógica y de la observación? ¿Un desconocimiento semejante de la diversidad y de la unidad de lo real? ¿Una persecución tan feroz de las herejías (el aventurismo, el reformismo, el desviacionismo, etc.), en nombre de una ortodoxia tan exclusiva?

¿Y el bien? No se puede abolir la moral, se la desvía. Y el reverso vale menos que el anverso. Era divertido en mayo último ver esas hordas de chicos y chicas sedicentes liberados de toda disciplina y que enarbolaban como una Biblia el pequeño libro rojo de Mao —ese resumen de moralismo, esa literatura de patronazgo rojo y de sacristía revolucionaria—. Lo mismo se podría decir de la rebelión contra la moral sexual tradicional: no se limitan a predicar la licencia de las costumbres: se hace de ello un deber, un ideal, un nuevo imperativo categórico. El año pasado he visto exhibir, en los muros de una gran ciudad americana, este *slogan* revelador: “Una chica de hoy debería avergonzarse de ser virgen.” Lo cual, claro está, significa: entregarnos sin escrúpulos al placer sexual si el corazón (¡o antes bien el cuerpo!) os lo pide, pero: poned vuestro puntillo de honra en hacer lo que las mujeres de precedentes generaciones consideraban una vergüenza. De esta manera, la contramoral abarca hasta los instintos que la moral corriente se limitaba a canalizar: impone reglas ahí donde la naturaleza no había puesto más que impulsos. Los tabús rotos se reconstituyen, desviados y aumentados, y la negación de la moral desemboca en el totalitarismo moral...

En lo que al arte se refiere, el estallido de las normas tradi-

cionales ha dado a luz un nuevo academicismo —el del no-tecnicismo, de lo no figurativo: el caos en lugar de la forma, la explosión en lugar de la construcción, el grito en lugar de la palabra—, en resumen, el conformismo de lo informe. La búsqueda del extremo sustituye a la preocupación por la perfección: se cree liberar lo invisible mutilando lo visible. Cuando en toda obra maestra es el “acabado” de lo aparente lo que la hace transparentar lo infinito.

Así, en todo los ámbitos, el rechazo del camino lleva al punto muerto y la evasión crea el muro. La ley del ser, una vez quebrada esa ley que el hombre puede siempre quebrar porque es libre, pero que no puede arrojar porque es interior a él mismo, reacciona como un miembro fracturado: lo que era medio de acción y factor de expansión se hace límite y obstáculo. La ley permanece, no ya como aliada, sino como enemiga. Este es el sentido de la gran sentencia de Goethe: “hasta el infierno tiene sus leyes”. Son las mismas que las del cielo y de la tierra, pero bajo la forma de la sanción y del castigo.

* * *

Lo cual nos conduce a esta evidencia: en todo lo que concierne a las bases esenciales de la cultura no tenemos que escoger ni siquiera entre la permanencia y la impermanencia, sino entre dos formas de permanencia: la de los verdaderos y la de los falsos valores. Los que recusan, como superadas, las normas tradicionales de lo verdadero, lo bello y el bien no recelan que hay una tradición tan sólidamente establecida en el error, la fealdad y la inmoralidad. La caricatura tiene sus variantes, como la forma: incluso es el ámbito en el que el hombre inventa menos y en el que lo que cree renovación no es más que achatamiento.

En esto, la cultura histórica nos suministra los criterios esenciales. Nos vacuna contra la idolatría de la novedad al mostrarnos, de generación en generación, por qué caminos ha prosperado la humanidad y en qué fosos ha caído. Siempre es el mismo

convoy que rueda sobre los mismos rieles o derrapa por las mismas pendientes...

Examinemos bajo esta luz las dos "novedades" liberadoras traídas por la crisis de mayo último: la revolución social y la revolución sexual.

Respecto de la primera, encontramos en ella el eco fiel y amplificado de los peores delirios de la Revolución de 1789: El "manifiesto de los iguales", de Babeuf, y el grito de Saint Just: "la felicidad es una idea nueva en Europa", prefiguran la fiebre igualitaria de los estudiantes amotinados y el *slogan* que se instalaba sobre los muros de la Sorbona: "yo decreto la felicidad permanente". Por otra parte, leed la descripción de los acontecimientos de 1848 en *L'Education sentimentale*, de Flaubert, y os enteraréis, entre otras cosas, de que la utopía socialista permanece en 1969 idéntica a lo que era hace más de un siglo, es decir, siguiendo la admirable definición de Reybaud, "el arte de improvisar una sociedad irreprochable"...

En cuanto a la revolución sexual, cabe preguntarse si realmente queda algo por inventar en este asunto. Una simple mirada sobre el pasado nos revela hasta qué punto todo ha sido dicho, explorado y practicado, desde las formas ideales del amor hasta las peores manifestaciones de la licencia y de la bancarrota. ¿Dónde encontrar un sitio para un nuevo ídolo entre la Venus divina y la Venus animal?

La advertencia dirigida por Chateaubriand a la juventud de la revolución de julio no ha perdido nada de su actualidad: "cuando se habla del futuro, que no me vengan a dar como nuevos los abalorios que cuelgan desde hace dos mil años en las escuelas de los sofistas griegos y en las predicaciones de los heresiarcas cristianos. Debo advertir a la juventud que cuando se le habla de la comunidad de las mujeres, de los niños, del revoltijo de los cuerpos y las almas, del panteísmo, del culto a la razón, debo advertirle que cuando se le habla de todas esas cosas como de descubrimientos de nuestro tiempo, se burlian de ella".

Esto me recuerda la conversación que tuve en junio pasado con un joven "contestatario". Le hablaba del refuerzo de la tiranía que sigue a todas las explosiones de anarquía. Y le estoy oyendo contestarme: "Entonces es que no ve usted, pobre retrasado, que es que ya nada será como antes." ¡Paciencia!, pollo. Si estoy retrasado respecto de vuestros sueños, estoy adelantado respecto del despertar que les seguirá. Y, en esto, soy más "prospectivo" que usted. Lo mismo que Rivarol, previendo a Napoleón en el momento en que la fiebre revolucionaria bullía al máximo —"o el rey tendrá un ejército, o el ejército tendrá un rey", había contestado a alguien que le había preguntado por el desenlace de los acontecimientos—, veía más lejos que los maniáticos de la igualdad que anunciaban el fin de los tiranos. Lo mismo también, en 1917 una mirada retrospectiva sobre Iván el Terrible o Pedro el Grande hubiera sido más iluminadora de la evolución ulterior del comunismo que las profecías de Lenin sobre la "inmortalidad del Estado". Cuando el hombre se encela con quimeras —por muy embriagadora que sea la unión— siempre el final es un aborto. La historia nos muestra, en sus recipientes, los fetos macerados de las ideologías que tenían que haber cambiado la faz del mundo.

* * *

"En medio de tantas cosas como cambian —decía antaño Salazar— lo que cambia menos es el hombre." Todo se resume en esto. La impermanencia afecta a los valores que conciernen a nuestro conocimiento del mundo exterior y nuestros medios de acción sobre éste —incluyendo la parte de nuestra alma inmersa en los mecanismos de la materia, y es en este sentido en que se puede hablar de los progresos realizados por la psicología, el estructuralismo, etc... Por su parte, la permanencia concierne a los valores que nos acercan a nuestra esencia y a nuestro fin valores inamovibles, situados por encima del tiempo y actuando sin cesar en el tiempo, a imagen de Dios, inmutable y siempre activo, y por los cuales nos hacemos, no solamente más

informados y más hábiles, sino también mejores. Las ciencias de la naturaleza y las técnicas que las prolongan nos permiten transformar el mundo exterior: la verdadera cultura nos invita a la transformación de nosotros mismos. Es como el armazón que deja la esencia en la existencia...

Aprendizaje de la muerte, decía Sócrates de la filosofía, es decir, aprendizaje de los valores que dominan el tiempo y que desafían a la muerte. De lo cual se hace eco la invocación de Mistral a la "Coupe sainte":

"Viértenos el conocimiento
De lo verdadero y de lo bello
Y los altos disfrutes
Que se burlan de la tumba."

A través de todas las mutaciones cuyo teatro es nuestro siglo, ahí encontramos el único cambio que podemos desear sin mezcla y sin condición. Un cambio que, como lo ha dicho un joven filósofo contemporáneo, consiste en "acercarse a lo que no cambia jamás y no en adaptarse a lo que siempre cambia". A tomar más bien altura que delantera, a subordinar la obsesión de "no dejarse adelantar" (los locos del volante son esclavos de este ridículo puntillo de honra), a la preocupación primordial de perfeccionarse a sí mismo. Todos los otros "progresos" son ambiguos y cargados de tantas amenazas como promesas: éste es el único que no comporta límites.

Y es hacia él hacia donde debemos orientar la inextinguible sed de novedad (en el sentido de renovación creadora) que está en el fondo de nuestra naturaleza. En esto, las palabras moda y moderno pierden toda significación. La verdadera cultura nos ofrece, más bien, unos modelos (digo bien, modelos, porque la moda nos presenta solamente prototipos y moldes), los cuales, en razón a su misma trascendencia y a la imposibilidad en que nos encontramos de reproducirlos en su perfección absoluta, nos permiten una diversidad infinita en la imitación. Las obras del genio y de la santidad son variaciones creadoras en torno a un tema

eterno, y todos los grandes hombres han hecho algo nuevo sin buscar la novedad como tal.

“Murmurar aquí abajo algún comienzo
De las cosas infinitas...”

decía el poeta. Los genios y los santos han sido originales en la medida en que han hecho coincidir lo inédito de la hora que pasa (“lo virgen, lo vivaz y lo bello, hoy”...) con la permanencia de la esencia original.

En cuanto a la moda y a lo moderno, no tenemos respecto de ellos ningún prejuicio, favorable o desfavorable. La fidelidad a los valores permanentes nos suministra el filtro gracias al cual podemos discernir el elemento positivo y el elemento negativo en la moda de ayer como en la moda de hoy, y conservar lo uno rechazando lo otro. Porque el criterio está en la naturaleza de las cosas y no en su posición en la historia. Ninguna época es privilegiada en relación a los valores cuya fuente está por encima del tiempo.

Dicho sea de paso, esta altitud crea una libertad de espíritu, una disponibilidad interior, una superación de las contingencias, ignoradas del que se englute en una obediencia servil a los gustos del siglo. Habría mucho que hablar de las orejeras y de los yugos, impuestos por un modernismo que se llama liberador: ¿existe peor miopía y más pesada esclavitud que la de ser únicamente el hombre de su tiempo, de reducir el camino a su última etapa que la etapa siguiente reabsorberá a su vez? “La libertad en la boca, la esclavitud en el corazón”, decía también Chateaubriand de los demagogos progresistas de su época. Se reprocha corrientemente a los hombres de lo eterno el de ser unos “atrasados”, dejarse adelantar. Pero, ¿quién es adelantado antes sino quien se adhiere por entero a lo que pasa? “El que se deja corromper por la moda, será corrompido por el tiempo”, ha escrito el novelista americano Thomas Wolfe.

Se nos presenta también como un deber el ser hombre “en

situación". Lo somos siempre por la fuerza de las cosas. Pero, ¿es acaso una casualidad que el lenguaje corriente diga del sabio y del hombre fuerte que saben "dominar la situación"?

Y es precisamente dominando la situación como estaremos verdaderamente presentes y eficaces en nuestro siglo. Presentes para animarle y orientarle en todas sus aspiraciones hacia los verdaderos valores y presentes también para combatirle en todos sus errores y en todos sus males. A semejanza del médico que vela por la salud y combate contra la enfermedad. O del educador que, lejos de obedecer a los mil caprichos del niño, sabe negarle lo que desea en la superficie para darle lo que necesita en la profundidad.

Lo que la humanidad actual —esta caravana dotada de los más perfeccionados medios de desplazamiento, salvo de una brújula— necesita más angustiosamente son esos valores inmutables que dan un sentido y un fin a su devenir. Para devolvérselos, hay que ser a la vez interior y exterior al siglo. Una cierta moral del "compromiso" y de la "apertura" nos invita a abandonarnos a la corriente como los restos de un naufragio: pero antes bien, debemos parecernos al navío que, metido en el oleaje pero emergiendo sobre él, gobierna hacia su punto fijo, el puerto, abrazando y dominando el mecer de la ola.

Los adoradores del progreso nos acusan de inmovilismo. Respondemos que esculpir la existencia a imagen de la esencia, imprimir sobre lo que es la marca de lo que debe de ser, es decir, acercarse al modelo, exige más vigilancia, iniciativa y actividad que seguir pasivamente la moda. El peor de los inmovilismos (porque se acompaña de la ilusión de un movimiento libre) es el de la hoja arrastrada por el viento.

Una última palabra. La cultura, incluso bajo su forma más alta, no es un fin. Integrada y asimilada, es un camino hacia la sabiduría. Pero esta sabiduría fundada en el conocimiento de los invariantes de la naturaleza y del destino, nos invita a una nueva superación, la que nos conduce del "Dios de los filósofos y de los sabios", autor de la naturaleza y presente en su obra, al "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob", autor de la gracia y presente

en la soledad de los corazones. Era en este sentido en el que Simone Weil decía que el estudio es vano si no se prolonga en la oración. Con esta luz, los invariantes de la creación que nos descubre la cultura aparecen como signos hacia lo increado: son las balizas que jalonan una pista de despegue que se prolonga hasta el cielo.